



prendieran á David; pero Micol dijo: «Está enfermo.» Saul volvió á enviar guardias con orden de que le vieran, diciendo: «Traédmele en su cama para que muera.» Pero cuando los mensajeros llegaron á la casa de David, se encontraron con que no había en la cama más que una estatua que tenía la cabeza cubierta con piel de cabra. Saul dijo á Micol: «¿Por qué me has engañado y has dejado huir á mi enemigo?» Ella respondió: «Porque me dijo: Déjame ir; si no, te mataré (1).»

David se salvó marchándose cerca de Samuel á Ramatha, y le contó todo lo que le había hecho Saul. Y Samuel y él se fueron y moraron en Naíoth, que parece haber sido una casa de campo donde se reunían los profetas.

Habiendo sabido Saul que David estaba en Naíoth, cerca de Ramatha, envió soldados para que le prendieran. Pero cuando estos vieron la multitud de profetas que profetizaban, y á Samuel, que presidía entre ellos, vino también sobre ellos el espíritu del Señor y comenzaron á profetizar como los otros, cantando con ellos alabanzas al Eterno. Cuando esto se le anunció á Saul, envió á otros mensajeros; pero también profetizaron. Envio por tercera vez mensajeros, y profetizaron asimismo. Entonces, lleno de cólera Saul, fué él mismo á Ramatha y llegó hasta la gran cisterna que está en Soco. Allí preguntó dónde estaban Samuel y David. Le con-

(1) 1 Reg., 19, 11-17.

testaron: «En Naíoth de Ramatha.» Al punto partió para aquel lugar; pero vino también sobre él el espíritu de Dios, y profetizaba por el camino hasta que llegó á Nagoth, cerca de Ramatha. Entonces se despojó también él de sus vestidos reales y profetizó con los demás profetas delante de Samuel, y permaneció así desnudo por tierra todo el resto del día y toda la noche, cubierto únicamente con su túnica; dando lugar al proverbio de «¿Saul también entre los profetas (1)?»

Balaan había ido para maldecir, y Dios le obligó á que bendijera. Lo mismo le sucedió á Saul y á sus gentes. Los satélites de los fariseos, mandados para que prendieran á Jesucristo, se volvieron también diciendo á sus maestros: «Jamás ha habido hombre que haya hablado como él (2).» Es de observar también que cuando se ha dicho más arriba que Samuel no vió más á Saul, quiere decir que no fué más á verle. Así como cuando se dice que estaba desnudo, debe entenderse solamente que estaba despojado de sus vestiduras reales, pues lo que observa Séneca respecto del latín, debe hacerse extensivo á todas las lenguas; se llama en él á un hombre desnudo cuando está mal vestido (3).

(1) 1 Reg., 19, 18-24.

(2) San Juan, cap. VII, v. 46.

(3) Sic qui male vestitum et pannosum vidit, nudum se vidisse dicit.—Séneca, *De Benefic.*, 1-15.

CAPÍTULO XV

Alianza de David con Jonathás.—Fiestas de las neomenias.—Furor de Saul contra David, que, avisado por Jonathás, marchó cerca de Aquimelec; distribuye entre sus gentes los panes de la proposición; se arma con la espada de Goliath; se pone á salvo entre los filisteos, y después en la caverna de Odollam, donde recibe refuerzos, y por último en Masfa, donde le llegan otros nuevos, y en el bosque de Hareth.—Crueldad de Saul contra Aquimelec y su familia, contra la ciudad de Nobé y los gabaonitas.—David derrota á los filisteos y marcha al desierto.—Nuevo refuerzo y visita de Jonathás.—David implora la providencia de Dios.

Habiendo David escapado de Naíoth, fué á buscar á Jonathás, y le dijo: «¿Qué es lo que yo he hecho? ¿Cuál es mi iniquidad, y cuál mi pecado contra tu padre, para que ande buscando mi alma?» «No, le dijo Jonathás, tú no morirás; porque mi padre no hará cosa, ni grande, ni pequeña, sin que me la descubra. ¿Me hubiera mi padre ocultado esto únicamente? Esto no es posible.» Pero David le juró de nuevo: «Tu padre sabe muy bien que yo he hallado gracia en tus ojos, y dirá: Que Jonathás ignore esto, para que no se aflija; pues, vive Jehová y vive tu alma, que no hay, por decirlo así, más que un paso entre mí y la muerte.» Jonathás le dijo entonces: «Todo lo que diga tu alma, lo haré por tí.» David replicó: «Mira, mañana es el primer día del mes, y según costumbre, suelo sentarme á comer al lado del rey; déjame, pues, irme á ocultar en un campo hasta la tarde del tercer día. Si pregunta tu padre por mí, tú le responderás: David me pidió le dejase ir prontamente á Bethlehem, su ciudad, porque tienen allí un sacrificio solemne todos los de su familia. Si te dice, bien está, la paz será con tu siervo; pero si se enfurece, sábetete que su malicia ha llegado á su colmo. Dignate, pues, hacerme esta gracia, ya que tú has hecho entrar á tu servidor en alianza contigo, y los dos con el Señor. Si en mí hallas alguna iniquidad, máteme tú mismo; pero no me lleses á tu padre.» «Lejos de tí todo esto, dijo Jonathás; y si yo llevo á conocer que la malicia de mi padre ha de cumplirse contra tí, yo te lo anunciaré en ver-

dad.» «Pero, replicó David, si tu padre te responde algo funesto, ¿quién me lo dirá?» Y Jonathás le contestó: «Ven, y salgamos al campo.» Y cuando hubieron salido, Jonathás dijo á David: «Dios de Israel, si llegara á conocer los designios de mi padre mañana ó pasado mañana, y hubiera alguna cosa favorable para David, y no te lo enviare á decir dándotelo á conocer, que Dios haga esto y añada aquello á Jonathás. Pero si mi padre perseverare en su malicia contra tí, yo te lo revelaré y te dejaré ir en paz, y el Señor sea contigo como lo ha sido con mi padre. Y si yo viviere, usarás conmigo de la misericordia del Señor, y si muero no retirarás nunca de mi casa tu misericordia.»

Hizo, pues, Jonathás alianza con la casa de David, al que de nuevo juró le amaría; porque como á su alma le amaba. Y díjole Jonathás: «Mañana será el primer día del mes y te echarán de menos, porque tu puesto estará vacante por dos días. El tercer día, que será de trabajo, vendrás prontamente al lugar donde debes ocultarte, y te pondrás junto á la piedra Ezel, y yo arrojaré tres flechas junto á esa piedra, como ensayándome en el blanco. Y enviaré un criado y le diré: Ve y traéme las saetas. Si yo dijere al criado: Las flechas están más acá de tí, traélas; entonces vienes á hallarme, porque la paz es contigo; vive el Señor, y nada tendrás que temer. Pero si yo digo al criado: Mira que las flechas están más allá de tí, véte en paz, porque el Señor querrá que te vayas. En cuanto á la palabra que tú y yo nos hemos



dado, el Eterno sea entre los dos para siempre (1).»

¡Santa amistad la de David y Jonathás, que tenía por depositario al Eterno, cuán hermosa eres y cuán sublime! Sois rivales de gloria, y no formáis más que un corazón. Sois competidores del mismo trono, y sabéis someter el hijo del rey al pastor. Ni el furor envidioso de un padre, ni la atmósfera pestilencial de la corte, pueden turbar un momento vuestro maravilloso imperio. Venida del cielo, sois pura y sublime como él.

La fiesta, durante la cual Jonathás debía sondear las disposiciones de su padre por lo que hace á David, era el novilunio, ó fiesta de la nueva luna. Estas fiestas han sido celebradas en casi todas las naciones antiguas. Moisés nos enseña el origen, en la historia misma de la creación, cuando dice que Dios ha hecho el sol y la luna para que sirvieran de señales á los tiempos, á los días y á los años (2).

Los años se calculaban por la revolución del sol, y el mes por la revolución de la luna; en cada luna nueva, comenzaba un nuevo mes, y determinaba así las fiestas que en él debían celebrarse. La reaparición de este astro, no era por otra parte de escaso interés para los pueblos pastores, que guardaban por la noche sus rebaños en los desiertos. Nueve ó diez siglos antes que ningún autor profano nos hable del novilunio, Moisés, que prohibía con tanta severidad el culto de la luna, disponía en la ley divina cómo habían de anunciar los hijos de Israel, al son de las trompetas, las calendas, que eran en el día primero de cada mes, los sacrificios que era necesario ofrecer, los festines que podían hacerse. Insiste nuevamente en ello en más de un lugar; pero en ninguna parte la instituye (3); lo que hace suponer que se remontaba aún más. En efecto, se lee en un salmo, siguiendo el texto hebreo: «Sonad la trompeta en la fiesta del novilunio; es un precepto para Israel y un mandato del dios de Jacob. Le impuso á José cuando entró en la tierra de Egipto,

(1) 1 Reg., 20, 9-23.

(2) Génesis, 1, 14.

(3) Núms., 10, 10-28; 11-29, 6.

donde oyó una lengua que él no conocía (1).» Según esto, Jacob y su posteridad habrían observado las fiestas del novilunio doscientos años antes de Moisés. Las fiestas de los paganos, incomparablemente más modernas, fueron una corrupción de las fiestas primitivas; en lugar de adorar en ellas al Creador del sol, de la luna y de las estrellas, sus homenajes se dirigieron á los mismos astros, ó á otros falsos dioses.

Los meses de los judíos son de veintinueve y treinta días. Cuando el mes es de treinta, la fiesta del novilunio, ó de las calendas, dura dos días, á saber, el treinta del mes que termina y el primero del mes que comienza.

Ocultóse David en el campo, y llegando las calendas, sentóse el rey á comer. Estando, pues, sentado el rey en su silla, que estaba junto á la pared (según costumbre), levantóse Jonathás y se sentó Abner al lado de Saul, y dejóse vacío el lugar de David. Nada dijo Saul aquel día, presumiéndose que no habría podido asistir por alguna impureza legal. El segundo día de la fiesta hallóse también vacío el asiento de David. Entonces Saul dijo á su hijo Jonathás: «¿Cómo es que no ha venido á comer ni ayer ni hoy el hijo de Isai?» Jonathás contestó á Saul: «Me suplicó con instancia que le permitiera ir á Bethlehem, porque uno de sus hermanos le había convidado para un sacrificio solemne que se celebraba en su ciudad. Por esta razón no ha venido á comer con el rey.» A estas palabras, se indignó Saul contra Jonathás hasta el punto de decirle: «Hijo de mujer prostituida, ¿crees acaso que no sé yo que amas al hijo de Isai para vergüenza tuya y para confusión de tu infame madre? Pues todos los días que el hijo de Isai viviere sobre la tierra, ni estarás tú en seguridad ni tu reino. Manda, pues, ahora á buscarle y tráemele acá, porque es hijo de la muerte.» Jonathás respondió á Saul su padre: «¿Por qué ha de morir? ¿Qué ha hecho?» Por toda respuesta cogió Saul la lanza para herirle. De esta suerte conoció Jonathás que su padre estaba resuelto á matar á David. Levantóse, pues, de la mesa con gran cólera, y no comió el se-

(1) *Al Eretz Mizraim*. Ps. 91, 6 según el hebreo; Dict. de Bergier, art. *Ncomenia*.



gundo día de la fiesta, pues estaba afligido á causa de David, y porque su padre le había hecho ultraje á él mismo. Al día siguiente marchó al campo Jonathás, según lo tenía concertado con David, y llevó consigo un muchacho, al cual dijo: «Ve, y tráeme las flechas que yo tire.» Y habiendo corrido el muchacho, Jonathás tiró otra más lejos. Y corriendo el muchacho al lugar donde estaba la primera flecha que Jonathás había tirado, este dijo al muchacho: «Mira que la flecha está más allá de donde tú estás.» Y de nuevo Jonathás gritó tras el muchacho, diciendo: «Dáte prisa, dáte prisa, no te detengas.» Recogió, pues, el muchacho las saetas de Jonathás y las llevó á su amo, sin comprender nada de lo que se trataba, pues solamente Jonathás y David lo sabían. Jonathás dió al muchacho sus armas para que las llevara á la ciudad. Y luego que se fué el muchacho, salió David de su puesto, que miraba al Mediodía, é inclinándose hasta la tierra, le hizo tres profundas reverencias; y besándose el uno al otro, lloraron juntamente; pero David más. Jonathás le dijo al fin: «Véte en paz; sabes hemos jurado juntos, en el nombre de Jehová, diciendo: Jehová sea entre nosotros y entre mi raza y la tuya para siempre.» Y David se levantó y marchó; pero Jonathás entró en la ciudad (1).

Después de esto, David vino á Nobé, donde estaba el tabernáculo y se hallaba Aquimelec, el gran sacerdote, llamado también Abiathar. Aquimelec quedó sorprendido al ver á David, y le dijo: «¿Cómo es que vienes solo y sin que nadie te acompañe?» David le respondió: «El rey me ha dado una orden, diciéndome: Nadie sepa por qué yo te envío, ni lo que te mando. Por esto he convocado mis gentes en tal ó cual lugar. Ahora pues, si tienes algo á mano, cinco panes, ó cualquiera otra cosa que hallares, dámelos.» El gran sacerdote, respondiendo á David, le dijo: «No tengo á la mano panes ordinarios, sino únicamente pan santo y reservado á los sacerdotes; sin embargo, de él os daré con tal que tus gentes estén purificadas, especialmente por lo que respecta á las mujeres.» David replicó: «Por lo que respecta á

mujeres, no nos hemos acercado á ellas desde que salimos, y nuestros vestidos estaban también purificados. Verdad es que ha habido alguna impureza legal en el camino, pero hoy serán purificados antes de que coman el pan que tú nos has de dar.» El gran sacerdote le dió, pues, pan santificado, pues que no tenía, otros que los panes de la proposición, que habían quitado de la presencia del Señor para colocar allí otros calientes. Se hallaba allí aquel día, dentro del tabernáculo del Señor, un cierto hombre, criado de Saul, que se llamaba Doeg Idumeo, el más poderoso de los pastores de Saul. Y dijo David á Aquimelec: «¿No tienes aquí á mano una lanza ó una espada? Pues no he traído conmigo ni mi espada, ni mis armas porque estrechaba la orden del rey.» El gran sacerdote le contestó: «Aquí tienes la espada de Goliath el filisteo, á quien diste muerte en el valle del Terebinto, en otro tiempo de la Encina, y que fué consagrada al Eterno; envuelta está en un paño detrás del ephod; si la quieres, llévala; no hay otra más que ella.» David le contestó: «¿No hay otra tal como ella? Dádmela (1).»

Sin duda David no hizo bien en disimular, y mucho menos en mentir, para lograr del gran sacerdote los víveres y la espada. Él mismo va á reconocer pronto su falta. Sin embargo, no debía él prever que Saul castigaria al gran sacerdote tan cruelmente como lo hizo, por una acción, no solamente inocente, sino laudable, pues que fué alabada por Jesucristo en su Evangelio (2).

Levantóse, pues, David, y huyó aquel día de la presencia de Saul, y fué á Aquis, rey de Geth, creyéndose que allí podría estar seguro. Pero los oficiales de Aquis le dijeron: «¿No es este David, que es como el rey de aquel país? ¿No es este á quien cantaban en las danzas públicas: Saul ha herido á mil y David á seis mil?» David recogió estas palabras en su corazón, y comenzó á temer extremadamente á Aquis, rey de Geth. Y demudó su rostro delante de ellos, y dejábase caer entre las manos de ellos, y se

(1) 1 Reg., 21, 1-9.

(2) San Marcos, 2, 26.

(1) 1 Reg., 20, 24-43.



daba por los postigos de las puertas, y le corria la saliva por la barba. Y dijo Aquis á sus criados: «¿Habeis visto un tal mentecato? ¿por qué le habeis traído á mí? ¿Nos faltan acá locos, que habeis traído á este á hacer locuras en mi presencia? ¿Entrará este en mi casa (1)?»

Libre David de este peligro, se refugió en la cueva de Odollam, en el país de Judá. Sus hermanos y toda la casa de su padre llegaron á saberlo y fueron á buscarle. Y todos los que estaban angustiados se juntaron á él, haciéndose él su caudillo. Eran como unos cuatrocientos. De allí partió David á Maspha, que está en el país de Moab, y dijo al rey de Moab: «Te ruego queden contigo mi padre y madre hasta que yo sepa la voluntad del Señor por lo que á mí respecta.» Y los dejó cerca del rey de Moab, y allí permanecieron todo el tiempo que David estuvo en la fortaleza de Maspha (2).

Mientras tanto, llegaron de Benjamin y de Judá á la fortaleza donde moraba David. Este salió á su encuentro y les dijo: «Si venís con espíritu de paz para ayudarme, se unirá mi corazón con el vuestro; mas si venís de parte de mis enemigos para sorprenderme, aunque no haya iniquidad por mi parte, el Dios de nuestros padres lo vea y lo juzgue. Entonces Ama-seú, jefe de los treinta, todo trasportado, dijo: «Somos tuyos, ¡oh David! tuyos somos, ¡oh hijo de Isai! La paz sea contigo y con aquellos que tomen tu defensa, pues tu defensor es tu Dios.» David les recibió y los hizo oficiales de sus tropas (3).

Y el profeta Gad dijo á David: «No te estés en esta fortaleza; marcha y vete á tierra de Judá.» Y David partió y vino al bosque de Haret. Y oyó Saul que se había dejado ver David y los hombres que estaban con él. Y como Saul estuviese en Gabaa y se hallase en un bosque que hay en Rama, teniendo una lanza en la mano, y le rodeasen todos sus siervos, dijo á los que le acompañaban: «Oídme ahora, hijos de Jemini: ¿El hijo de Isai os dará acaso á todos vosotros campos y viñas, y os hará á todos

(1) 1 Reg., 21, 10-15.

(2) Ibid., 22, 1-4.

(3) Paralipomenos, 12, 16-18.

vosotros tribunos y centuriones, por cuanto todos os habeis conjurado contra mí y no hay uno que me descubra algo, mayormente, que aun mi mismo hijo se ha coligado con el hijo de Isai? ¿No hay entre vosotros quien se duela de mi suerte, ni quien me dé aviso, puesto que mi hijo ha levantado contra mí un siervo mio, el cual hasta el dia de hoy me está poniendo asechanzas.» Doeg respondió entonces: «Yo he visto venir al hijo de Isai á Nobé, cerca de Aquimelec, hijo de Aquitob, quien ha consultado por él á Jehová, y le ha dado víveres y la espada de Goliath el filisteo.» Mandó el rey llamar á Aquimelec, hijo de Aquitob, el gran sacerdote, con todos los sacerdotes de la casa de su padre que estaban en Nobé, y fueron todos á presentarse al rey.

Y dijo Saul: «Escucha pues, hijo de Aquitob.» El cual respondió: «Aquí estoy, señor.» Y Saul le dijo: «¿Por qué habeis conspirado contra mí tú y el hijo de Isai, y le has dado los panes y la espada? ¿Y por qué has consultado á Dios por él para que se levantara contra mí, permaneciendo en hacerme asechanzas hasta el dia de hoy?» Aquimelec respondió al rey: «¿Y quién de entre todos tus servidores es fiel como David, el yerno del rey, y que va por orden tuya y es ilustre en tu casa? ¿Por ventura, he comenzado hoy á consultar á Dios por él? Lejos de mí que el rey sospeche tal cosa, ni de mí, ni de ninguno de la casa de mi padre, pues tu siervo nada ha sabido de lo que tú dices, ni poco ni mucho.»

A una justificacion tan sencilla y completa, Saul, en lo sucesivo más tirano que rey, dió por toda respuesta: «Morirás, Aquimelec, tú y toda la casa de tu padre.» Al mismo tiempo dijo á los de su guardia que le rodeaban: «Volved y dad muerte á los sacerdotes de Jehová, pues su mano está con David, pues sabian muy bien que iba huyendo y no han querido darme aviso.» Pero sus guardias, no ignorando que antes obedecer á Dios que á los hombres, rehusando el cumplimiento de esta orden cruel é inícuca, no quisieron poner la mano sobre los sacerdotes del Eterno. Su delator fué el verdugo. En cumplimiento de la orden de Saul, el idumeo Doeg degolló hasta ochenta y cinco, ves-



tidos como estaban con el ephod sacerdotal. No paró aquí la crueldad de Saul; por ministerio del mismo satélite, hizo pasar á cuchillo á los habitantes de la ciudad de Nobé, hombres, mujeres y niños, aun á los que eran de pecho, no perdonando siquiera á los animales. Sólo Abiathar, hijo del gran sacerdote, escapó de esta horrible matanza, refugiándose cerca de David, que le recibió con amistad, y le dijo: «Sabia bien que Doeg el idumeo, encontrándose allí aquel dia, no habia de dejar de dar aviso á Saul. Yo soy la causa de la muerte de toda la casa de tu padre. Quédate conmigo, no temas; si alguno buscare mi vida, buscará tambien tu vida y conmigo serás guardado (1).»

David no habla ni de Saul ni de Doeg; se acusa á sí mismo. «Propio es de las almas grandes, dice San Gregorio el Grande, el creerse culpables en cosas que realmente no lo son (2).»

Los verdaderos y únicos culpables aquí son Doeg y Saul; Doeg, el cortesano, que en su declaracion suprime la circunstancia principal, á saber: que el pontífice no habia acompañado á David más que como enviado de Saul, y para activar el servicio del rey; despues del tirano, con una declaracion tal, y á pesar de la noble justificacion del acusado, hacer degollar al instante al pontífice y á veinticuatro sacerdotes, y á todas sus familias y á los habitantes de una ciudad entera. ¡Execrable tiranía! Dios, sin embargo, que cambia hasta la desesperacion de los demonios por el cumplimiento de sus designios de misericordia y de justicia, cambió aquí tambien el furor de Saul por el cumplimiento de lo que habia predicho á Héli sobre los descendientes de sus dos hijos Ofni y Fineés, que habian deshonorado su sacerdocio, á saber: que cortaria el brazo derecho de aquellos de su raza, y que no llegarían hasta la vejez (3).

Despues de esta horrible matanza de los sacerdotes, todo podia esperarse de Saul. No debe, pues, extrañarnos que empapara sus manos en la sangre de los gabaonitas. Era este, como sabemos, un pueblo de los amorreos, á quien

(1) 1 Reg., 22, 5-23.

(2) Bonarum mentium est, ibi culpam agnoscere ubi culpa non est.

(3) 1 Reg., 2, 31.

Josué y los jefes de Israel habian jurado conservar su vida. Saul, por un falso celo, y como para reparar la negligencia de los hijos de Israel y de Judá, comenzó su exterminio con desprecio de aquel juramento, é hizo perecer un gran número. Despues veremos la venganza que se hace en su posteridad (1).

Estando David en el bosque de Hareth, vinieron á decirle: «Mira que los filisteos están atacando á Ceila, ciudad de la tribu de Judá, y están saqueando las eras.» Consultó al Eterno, diciendo: «¿Iré yo y heriré á los filisteos?» Y el Eterno dijo á David: «Ve y hiere á los filisteos, y salvarás á Ceila.» Pero las gentes que estaban con David, le dijeron entonces: «Mira que nosotros estamos aquí en medio de la Judea, y tenemos por qué temer; cuanto más si fuéramos á Ceila con el fin de atacar á las tropas de los filisteos en las fronteras.» Consultó nuevamente David al Señor, y el Eterno le respondió: «Levántate y vete á Ceila, pues yo entregaré á los filisteos en tus manos.» Marchó, pues, David y su gente á Ceila, y peleó contra los filisteos y llevóse sus ganados, y salvó á los habitantes de Ceila.

Mas cuando Abiathar, hijo de Aquimelec, huía hácia David, se llevó consigo el ephod del gran sacerdote, con el que consultaban al Eterno.

Cuando Saul supo que David habia venido á Ceila, dijo: «Dios me le ha entregado en mis manos; está cogido, porque se ha metido en una ciudad que tiene puertas y cerrojos.» Mandó á todo el pueblo que marchara secretamente contra Ceila, y que sitiara á David y á sus gentes. Pero David supo que Saul preparaba secretamente su ruina, y dijo al sacerdote Abiathar: «Revístete el ephod.» Y David dijo: «Señor Dios de Israel, tu siervo ha oído que Saul dispone venir á Ceila para destruir esta ciudad por mi causa. ¿Acaso los de Ceila me pondrán en manos de Saul, y acaso descenderá Saul como lo ha oído tu siervo.» Y respondió el Señor: «Descenderá.» Y dijo David: «Acaso los de Ceila me entregarán á mí y á los que están conmigo en manos de Saul?» Y respon-

(4) 2 Reg., 21.



dió el Señor: «Os entregarán.» Levantóse entonces David con los suyos, que eran como unos seiscientos hombres, y saliendo de Ceila, andaban de una parte á otra sin asiento fijo, y fué dado aviso á Saul que David había huido de Ceila y se había salvado, por lo cual disimuló que salía.

David permanecía en el desierto en los lugares seguros, especialmente en la parte meridional de Judá, sobre la montaña del desierto de Zif, que estaba cubierta de bosques. Saul le buscaba sin cesar, pero Dios no le entregó en sus manos (1).

Mientras que David andaba por aquellos lugares retirados, once valientes de la tribu de Gad fueron á buscarle. Eran diestros para el combate, y manejaban escudo y lanza; su rostro era fiero como el del león, y en la carrera igualaban á los cerbatillos de las montañas. La Escritura nos ha conservado sus nombres, y en lo sucesivo fueron los principales jefes del ejército (2).

Una visita más inesperada vino á servir de consuelo al fugitivo. Jonathás, hijo de Saul, se levantó y fué á buscar á David al bosque, y confortó su mano, es decir, su valor en Dios, y le dijo: «No temas, pues la mano de mi padre Saul no te hallará, y tú reinarás sobre Israel, y yo seré el segundo despues de tí; mi padre Saul sabe esto tambien.» E hicieron alianza los dos delante del Eterno. David permaneció en el bosque, y Jonathás se volvió á su casa (3).

Mas lo que sostenia á David mucho más que la amistad de Jonathás, era la amistad de Dios. Este es su apoyo, su fuerza, su esperanza, su consejo y su refugio. De Jonathás se vale Dios para que diera testimonio de su inocencia contra Saul: «Señor Dios mio, en tí esperé; sálvame de todos los que me persiguen y librame, no sea que alguna vez, como león, arrebaté mi alma cuando no haya quien me redima ni quien salve. Señor Dios mio, si yo hice eso, si hay iniquidad en mis manos, si pagué con mal á los que lo hacian, caiga con razon bajo mis

(1) 1 Reg., 23, 1-15.

(2) 1 Paralipomenos, 12, 8-15.

(3) 1 Reg., 23, 16-18.

enemigos sin esperanza. Persiga el enemigo á mi alma, alcáncela, y pise en la tierra mi vida, y reduzca á polvo mi gloria. Levántate, Señor, en tu ira, y muestra tu grandeza en medio de mis enemigos sin esperanza. Y levántate, Señor Dios mio, segun el precepto que tú ordenaste; y la multitud de los pueblos te rodeará, y por amor de esta vuelve tú á lo alto: el Señor juzga los pueblos. Júzgame, Señor, segun mi justicia y segun la inocencia que hay en mí. Se consumirá la malignidad de los pecadores y encaminarás al justo, oh Dios, que escudriñas los corazones y los riñones. Justo es mi auxilio, que viene del Señor, el cual salva á los rectos de corazón. Dios, juez justo, fuerte y sufrido: ¿acaso te enoja nada? Si vosotros no os convirtieréis, vibrará su espada, extenderá su arco y lo preparará. Y él ha preparado vasos de muerte, ha hecho sus saetas para los que arden. Mira cómo él parió la injusticia; concibió dolor, y parió la iniquidad. Hoy yo abrí, cavólo, y cayó en el foso que hizo. Su dolor se volverá contra su cabeza, y sobre su mollera descenderá su iniquidad. Glorificaré al Señor segun su justicia, y cantaré al nombre del Señor Altísimo (1).

Este hombre que David no nombra, y que ni siquiera le califica de enemigo, es evidentemente Saul. Sin cesar trabajaba en la iniquidad, sin cesar concebía malos designios y sin cesar estaba concertando nuevas estratagemas para perder á David; pero todos estos designios abortan, todas sus estratagemas quedaron frustradas, y con todas sus maquinaciones no pudo lograr más que la vergüenza de ser siempre burlado. Cava una fosa, y en ella sucumbe; quiere perder á David, y lo que consigue es ensalzarle; quiere levantar su propia casa, y la pierde.

En cuanto á los aduladores de este desgraciado príncipe, que envenenaban su corazón ya ulcerado, y por sus péfidos consejos le incitaban sin cesar al crimen, y por ende á su propia perdición, David les emplaza ante el tribunal del cielo.

«Da, Señor, oídos á mis palabras, escucha

(1) Salmo, 7.



mi clamor. Está atento á la voz de mi oración, Rey mio y Dios mio, porque á tí oraré: en la mañana, Señor, oirás mi voz; en la mañana me pondré en tu presencia y veré, porque no eres tú Dios que quiere la iniquidad. Ni morará junto á tí el maligno, ni permanecerán los injustos delante de tus ojos. Aborreces á todos los que obran iniquidad, pierdes á todos los que hablan mentira. Al varón sanguinario y fraudulento abomina el Señor; mas yo en la muchedumbre de tu misericordia, entraré en tu casa, adoraré hácia tu santo templo con temor de tí. Guíame, Señor, en tu justicia, á causa de mis enemigos; endereza en tu presencia mi camino, porque no hay verdad en la boca de ellos, su corazón es vano. Sepulcro abierto es su garganta; con sus lenguas urdian engaños: júzgalos, Dios. Alégrese todos los que esperan en tí; se regocijarán para siempre, y morarán en ellos. Y en tí se gloriarán todos los que aman tu nombre, porque tú bendecirás al justo. Nos has coronado, Señor, de tu buena voluntad como con escudo (1).

David compuso en particular un cántico de imprecación contra el cortesano Doég, quien calumnió con delación insidiosa, y despues degolló por su mano á los sacerdotes del Eterno. «¿Por qué te glorias en la malicia, tú que eres poderoso en iniquidad? Todo el día estuvo pensando injusticia tu lengua; como navaja aguda hiciste engaño. Quisiste más el mal que el bien, el lenguaje de la iniquidad más que el de la justicia. Amaste todas las palabras de derrumbamiento, oh lengua engañosa. Por eso Dios te destruirá para siempre; te arrancará y te trasladará de tu morada, y á tu raíz de la tierra de los vivientes.

Lo verán los justos y temerán, y de él se

(1) Salmo, 5.

reirán y dirán: Hé aquí el hombre que no tomó á Dios por su ayudador, sino que esperó en la muchedumbre de sus riquezas y prevaleció en su vanidad. Mas yo, como oliva fructífera en la casa de Dios, esperé en la misericordia de Dios por siempre, y por siglos de siglos. Te alabaré para siempre por lo que has hecho, y esperaré en tu nombre, porque eres bueno delante de tus santos (1).

Por aquí podemos colegir á qué se reducen las imprecaciones de David: á comentar una de sus palabras. Si no volveis á Dios, Él aguzará su espada. Que los malos se conviertan, tal es su primer deseo; si persisten en el mal, les predice los castigos del cielo. Estas predicciones, especialmente en el griego y latin, toman algunas veces la forma de deseos; pero no cambian por esto de naturaleza. Además, el desear que Dios castigue á los malos en este mundo, y deseárselo, no por espíritu de venganza, sino por celo á la justicia y gloria de Dios, ó porque concluyan las blasfemias contra la Providencia y el escándalo de los débiles, ó por último, para que los culpables se vean en cierta manera obligados á salvarse por toda una eternidad, no solamente no hay pecado, sino que es un sentimiento laudable. David no pronuncia tampoco sus anatemas contra todos los pecadores sin distinción; no habla de los que pecan por debilidad ó por violencia; y si habla de ellos, es para recordar que el hombre por sus propias fuerzas es bien inconstante y frágil, y que Dios es todo misericordia. Se indigna contra los que pecan, como los demonios, por malicia; contra los malhechores, asesinos é hipócritas, que se gozan en mentir á Dios y á los hombres, en lo que es indudable que Dios y los hombres están de acuerdo con David.

(1) Salmo 51.